

## Revista de libros

---

ADOLFO P. CARPIO: *Páginas de filosofía*. Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras. Rosario, 1969. Volumen en rústica, 332 págs.

Si se pudiera condensar en apretado juicio la impresión que producen las sobrepasadas trescientas páginas de este primer libro principal de Adolfo Carpio, diríamos que revela el comienzo de la madurez definitiva de uno de los profesores argentinos de mejor y más seria formación filosófica, y el programa de trabajo, la orientación y los primeros descubrimientos de un pensar filosófico personal.

Discípulo muy cercano de Francisco Romero —a cuya memoria está dedicado el libro—, Carpio se mueve con facilidad en el círculo de ideas del pensamiento alemán de nuestro siglo. Pero es muy interesante destacar que, junto hacia el reconocimiento hacia Romero, señala su deuda intelectual con el maestro hispano-mexicano José Gaos, recientemente desaparecido. Es alentador observar casos en que la filosofía de lengua española es operante por su propio valor y contenido, especialmente en el de este autor, inquestionable de limitarse al propio idioma, y que piensa que “el filosofar... sólo tiene sentido en función de la historia entera del pensar” (p. 13). Car-

pio indica asimismo que adhiere a un concepto de la filosofía como expresión del máximo rigor, pero sin que esto implique circunscribirse exclusivamente al ámbito lógico-matemático. Deja sentada con ello su posición frente a los retoños latinoamericanos del empirismo lógico, así como lo hace frente “a la confusión... entre filo-

En la primera parte, dedicada a *trafología y política o filosofía y confesión*” (p. 12).

bajos teóricos (“Esquemas”), encontramos tres temas estrechamente ligados: el de la posibilidad y naturaleza de la metafísica, el de la significación de la historia de la filosofía y el de la relación entre historia y verdad. Este último, resultado de ahondar en el reconocido fenómeno de la “anarquía de los sistemas”, y conducente a examinar “la verdad entre la esencia y la historia”, muestra su presencia persistente en toda esta parte, y es difícil no coincidir con el autor en el reconocimiento del carácter crucial del mismo.

El programa de Carpio para solucionar este problema consiste, en lo

esencial, en una previa "fenomenología" de la historia de la filosofía (una parte de la cual está adelantada en el trabajo "El pasado filosófico"), pero, fundamentalmente, en un reexamen del problema de la verdad.<sup>1</sup> En el trabajo filosóficamente más denso del volumen ("La verdad entre la esencia y la historia") adelanta el autor algunas tesis sobre este asunto, pero principalmente dos: que la concepción de la verdad como *coincidentia intellectus et rei* ha perdido vigencia, y que la vía para reemplazarla es la de buscar el fundamento de la verdad en la ontología (p. 63). De ahí que acepte la novedad implicada en la "fundamentación ontológico-existencial de la verdad en Heidegger", aunque no la totalidad de su planteo. Y la parte que se rechaza es aquella que está en contradicción con uno de los principales intereses del autor, a saber, desentrañar el sentido de la historia de la filosofía. La "destrucción de la ontología" propuesta por Heidegger y su posición de volver al filosofar prístino de los primeros griegos implica desentenderse de la historia de la filosofía y no puede contar con el asentimiento de quien afirma: "una pregunta filosófica no puede plantearse si no es a partir de lo ya filosofado acerca de ella, y, más aún, de modo tal que lo filosofado se convierta en constitutivo de la pregunta y de la respuesta misma" (p. 87). De hecho, no importa cuánto ambos pueden coincidir en considerar la verdad como descubrimiento o des-velamiento, en cuanto a la his-

toria de la filosofía són dos actitudes opuestas. De ahí la preocupación de Carpio, expresada en un pasaje que vale la pena citar en extenso, porque constituye el meollo de su posición:

"La nueva intelección de la verdad, pues, basándose en el fenómeno originario de la apertura, y en no menos originario del descubrimiento, necesita completarse sobre un horizonte que podemos llamar historicista. Lo que equivale a decir: la apertura y el descubrimiento que nos dan acceso al ser (o en los que el ser accede a nosotros) sólo pueden operar filosóficamente en cuanto, *de modo simultáneo, toman en cuenta* el filosofar pretérito. La filosofía de nuestros días debe ensayar esta posibilidad, que parece ser la única capaz de fundar verdaderamente la filosofía, en cuanto ésta se realiza en la historia: posibilidad que parece ser la única capaz de dar sentido a la historia de la filosofía y al mismo tiempo fundar la constitutiva arquitectura del pensar pretérito en el presente. En otros términos, se trata aquí de la posibilidad de establecer como mero "fenómeno" el hecho de la anarquía de los sistemas en beneficio de su auténtica pluralidad, que residiría en la "noumenidad", por así decir, de la historia filosófica. Y el balance de este estado de cosas en que se encuentra la filosofía actual es el siguiente: o bien se realiza la posibilidad apuntada, o bien el pensamiento tendrá que recaer en el escepticismo o en el dogmatismo, en la franca huida ante la verdad o en la entrega ciega a un sistema limitado y determinado, sobre el cual hubiese caído, no sabemos por qué azar, la providencial suerte de ser el fiel testigo de la realidad, o la filosofía actual halla un camino *histórico* hacia el ser, o deberemos afirmar, una vez más, el definitivo fracaso, la inanidad, el sin sentido de toda historia de la filosofía".

<sup>1</sup> Esta nota no pretende servir de acabado resumen ni ahorrar al lector la tarea de examinar las tesis del autor. Por ello, y porque nuestro intento consiste en señalar o apuntar la presencia de una línea personal de pensamiento, nos limitamos, en lo descriptivo, a lo esencial. El mencionado intento puede considerarse limitado y lo es, pero tal vez habría que apreciarlo en el contexto de lo que es usual en América Latina en materia de crítica filosófica cuando el autor es latinoamericano. Entre nosotros, a menos cuando se trata de pura y más o menos original filosofía, escribir es, frecuentemente, escribir "para el polvo y para el viento", para usar las palabras de Machado.

Pero cualquiera sea su relación con Heidegger, por la naturaleza misma de su problema y por las propias declaraciones de Carpio es bien visible que la sombra del otrora desprestigiado Hegel ronda los ámbitos de su meditación.

Problema, programa y camino (incluidas algunas advertencias sobre posibles sendas erróneas) están señaladas aquí, le resta al autor el desarrollo en detalle de su tarea, difícil pero digna de destinarle el esfuerzo de pensamiento que supone.

La segunda parte, dedicada a estudios críticos ("Figuras"), contiene varios trabajos. "William James y el pragmatismo", versa sobre un parte de aspectos fundamentales de James, bien expuestos, que logran rescatar al pragmatista norteamericano de las concepciones vulgares que lo desnaturalizan. Su lectura es útil, además, por mostrarnos una riqueza filosófica que han dejado olvidadas las últimas modas. "Unamuno, filósofo de la subjetividad", es un intento de situar al pensador vasco dentro de la historia de la metafísica (o de la concepción de esa historia por Heidegger), si bien las iluminaciones que logra de algunos temas unamunianos (la realidad como conflicto; razón, fe y conocimiento; la "creación" de las realidades por la insistencia imaginativa, etc.) muestran que el asunto (y aun el tratamiento del mismo por el autor) exceden a aquella conclusión. Siguen luego tres trabajos dedicados a Romero: "Francisco Romero: la persona como garantía de la metafísica", es la recreación de un tema de Romero a base de apuntes de una clase y otros textos del autor de *Teoría del hombre* sobre dicho tema; "Francisco Romero in memoriam", reproduce un discurso con

motivo de conmemorarse el primer aniversario del fallecimiento del gran maestro argentino, y hace justicia a sus valores personales; "Nota sobre Romero y Scheler" es un análisis de gran utilidad para aclarar la relación entre ambos. Este tema es de importancia capital en la interpretación del pensamiento de Romero, porque, a nuestro juicio, la antedicha relación es expresiva de su inclusión en una de las grandes tendencias contemporáneas y, a la vez, del grado de independencia que logró frente a la misma. Por último, cierra el volumen "Un panorama de la filosofía en la Argentina", que reproduce la reseña crítica que el autor dedicara en su oportunidad a nuestro libro *La filosofía en la Argentina*, en la cual, por razones obvias, no nos detenemos, si bien no por falta de reconocimiento a la extensa labor de exposición, crítica y valoración allí contenida.

Conviene concluir destacando el signo saludable que representa para el futuro filosófico del autor el hecho de que no escriba impulsado por la onda de una atmósfera, de una "influencia", de un "clima", como es tan frecuente en autores latinoamericanos. Influencias las hay; pero lo importante es que el autor está ganado por ciertos problemas, y éstos son algo suyo, no la corriente que impulsa desde fuera su viaje filosófico. Este requisito del filosofar en el autor es del mejor augurio, si se supone, como debe suponerse con toda verosimilitud, que una vocación como la suya ha de tener a estas alturas en plena gestación sus más maduros frutos.

Juan Carlos Torchia Estrada  
Bethesda, Maryland, EE. UU.

VICTOR MASSUH *Nietzsche y el fin de la religión*. Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1969. Volumen en rústica, 225 págs.

Hacia fines del siglo pasado un recluso del asilo para dementes de Jena consigue hacer llegar al exterior, a través de un ocasional compañero de infortunio, unos apuntes que incluían estas líneas: “¿Debo ocultar la victoria de Cristo sobre mi propia alma para perpetuar el mito del Anticristo, tema de mis futuros biógrafos? No gritó Ajax: *Oh Zeus alúmbraos, aunque nos aniquiles con la luz*. He sido asesinado y vuelto a asesinar por la verdad, y si Cristo me ha derribado por un momento o para siempre, ¿debo negarle los laureles de la victoria?”

Quien proclamaba abiertamente tal derrota, agregando a continuación: “Estoy irremediablemente perdido y sin esperanza...”, era un paciente registrado por su hermana bajo el nombre de Friedrich Nietzsche. A setenta años del acallamiento definitivo de aquella duda desgarradora, el profesor argentino Víctor Massuh intenta reeditar e interpretar el comienzo, desarrollo y fin de aquel combate personal entre Nietzsche y Dios, buscando, al mismo tiempo, evaluar sus consecuencias y su significación en la historia de la humanidad occidental.

No le es ajena al profesor Massuh la dimensión y dificultad de la tarea que se propone por lo cual, desde un comienzo, afirma la necesidad de encontrar una vía de acceso a la “unidad de conjunto” del ‘opus’ nietzscheano, oculto y fragmentado sin reparos. Tal vía es encontrada, coincidiendo en ello con lo expuesto por Jaspers en su *Nietzsche*, en aquel fragmento de *Der Weg zur Weisheit* —publicado entre los papeles póstumos— donde el propio Nietzsche concibe su

obra como “un camino hacia la sabiduría”, dividido en tres etapas: el período del “corazón abierto” (1871/76); el “tiempo del desierto” (1876/82) y la etapa de “la gran afirmación” (1882/89). Massuh caracteriza abundante y documentadamente cada uno de estos momentos presentando, a semejanza de un mural, la vertiginosa evolución de la obra y la personalidad nietzscheana. Sus análisis buscarán de continuo poner de manifiesto el sentido “positivo” de la destrucción despiadada llevada a cabo por Nietzsche, haciendo resaltar la gran voluntad afirmadora que alentaba esa tarea crítica. En este primer repaso general de la obra de Nietzsche pondrá ya de manifiesto dos elementos con los cuales posteriormente será introducido el lector en el seno de su problemática: 1) el carácter de “revelación” que Nietzsche otorga al cariz de su última problemática. 2) la doble característica de *mediador* y *realizador* con que concibe —incluso corporalmente— el desenvolvimiento posterior de su tarea. Ambas notas comienzan por instalarnos en el contexto donde, según Massuh, transcurre el núcleo medular de la especulación nietzscheana: *la religión*. El cual es, a un mismo tiempo, el tema específico del texto que estamos considerando y que el autor anuncia con estas palabras: “... estudio del pensamiento y la actitud de Nietzsche ante el problema religioso.” (p. 31).

El punto de partida para develar esta inquietud —de contados antecedentes en el panorama de nuestra labor filosófica— será una consideración sobre la personalidad misma de Nietzsche que el autor plantea en estos tér-

minos: “¿es (Nietzsche) un hombre religioso? ¿Es posible aislar de su vida un conjunto de rasgos existenciales que correspondan a la tipología de un *homo religiosus*?” (p. 31). Ambas preguntas —en las que puede ser advertida, entre otras, una clara influencia de Scheleron pasibles, según su autor, de recibir una respuesta afirmativa. La personalidad de Nietzsche contiene en sí elementos inequívocos de una vocación religiosa, vocación que se manifiesta, aun a riesgo de quedar encubierta, por sobre “su crítica encarnizada a la religión, en general, y al cristianismo, en particular” (p. 31); ya que por religión es necesario entender, afirma Massuh, “... un *encuentro del hombre con lo sagrado* y la necesidad íntimamente vivida de culminar en una experiencia de lo eterno...” (p. 40). Sobre tal concepción del fenómeno religioso —en la cual concurren a un mismo tiempo distintas tendencias de la moderna filosofía de las religiones— puede el autor sostener, luego de un prolijo análisis de la tendencia nietzscheana a la *soledad* y sus rasgos concomitantes, que: “Todos estos rasgos son los componentes vivenciales, más o menos deformados o transfigurados, de una *actitud religiosa*. No importa que ella esté ligada a una negación de la religión y al vaticinio de su fin. Este mismo rechazo puede estar movido por un sentido religioso más alto o más exigente que el que se combate. El anuncio de su *fin* puede expresar la necesidad de su *comienzo* en un nivel de mayor madurez histórica” (p. 42).

Aclarado este aspecto fundamental de la personalidad nietzscheana, encuentra Massuh que para “fundar esta interpretación” es menester analizar “las distintas posturas que adopta Nie-

tzsche ante el problema a lo largo de su obra” (p. 42). Volcado ya a este nuevo problema entiende nuestro autor que es posible —mediante una consideración estructural de la obra— deslindar dos etapas distintas en la actitud de Nietzsche frente a la religión: 1) una etapa donde lo religioso es valorado y justificado. 2) un momento crítico que culmina con un agrio rechazo de todo tipo de religiosidad conocida. La primera actitud se correspondería con una “visión metafísica de la vida que caracteriza a su período juvenil, fuertemente influido por Schopenhauer”; influencia a la cual se agrega “su admiración por la Grecia antigua y el deslumbramiento que experimentó ante sus dioses” (p. 43). En esta época se otorgará al fenómeno religioso un carácter primigenio, afirmándose al *mito* como fuente de la religiosidad en detrimento de la razón y la historia que, lejos de permitirnos el acceso a la religión, la deforman y desvirtúan: la primera porque se edifica sobre la muerte del mito, la historia porque paraliza al hombre en el pasado impidiéndole toda trascendencia y convierte a la religión en un objeto histórico más. Este período abarca los años de sus dos primeras obras: *El nacimiento de la tragedia* y *Las Consideraciones inactuales* (1870-1876).

Continúa a éste un período donde “... cambia la óptica desde la cual se encara el análisis de la religión” y se inicia “contra ella una crítica encarnizada que no se interrumpirá por el resto de su vida” (p. 54). Es este el momento de publicación de *Humano, demasiado humano* (1878). Este texto marca un giro decisivo y hasta contradictorio de su pensamiento anterior. En él se emplea como método y como actitud lo que hasta hace poco ha-

bía sido violentamente rechazado: la historia. La destrucción total de la religión se hará mediante una apelación radical a la historia, complementada con una recurrencia a la psicología y a la filosofía. Acota aquí Massuh la inscripción voluntaria de Nietzsche en la corriente historicista de su tiempo que hasta ese momento había despreciado mediante críticas virulentas contra Hegel y sus discípulos: "...el gran antihistoricista, el crítico cáustico e 'inactual' no puede eludir la impregnación cultural de su presente histórico y se compromete en un rechazo de la religión apelando a un conjunto de argumentos que caracterizan a las corrientes de la izquierda hegeliana" (p. 54). Si la antigua "amenaza contra la vida" era la historia ese lugar lo ocupa ahora la religión. Esta nace allí donde la vida misma o todo instinto que la manifieste *decaen*. Al mismo tiempo esta religión que imposibilita y falsea la vida hace otro tanto con el conocimiento. Se produce aquí incluso la ruptura con uno de los ídolos que Nietzsche veneró en su juventud: Schopenhauer; en oposición a éste Nietzsche piensa que en la religión no se oculta —detrás de los mitos y el revestimiento dogmático— ningún tipo de saber. Como muy bien sintetiza el profesor Massuh, para este Nietzsche, "Todo este razonamiento es ...completamente erróneo. La religión no sirve de modo alguno al conocimiento. Más aún: asume la forma de un falso saber" (p. 57).

Pero donde más se hace sentir la influencia de la concepción historicista de su tiempo acerca de la religión sobre este período del pensamiento de Nietzsche, es cuando éste trata de comprender el *origen* del fenómeno religioso. El parentesco, no buscado e incluso rechazado es cierto, con Feuer-

bach, Ruge, Strauss, Marx se pone aquí más claro: *la religión es una creación del hombre*: el producto de un hombre enfermo y decadente. El origen de la religión no es sobrenatural sino profundamente natural y humano, se origina en las deficiencias inherentes a determinadas formas de vida de los hombres y sucumbirá cuando esos errores toquen a su fin. Mediante un análisis de las relaciones entre "religión" y "voluntad" el autor mostrará como Nietzsche explica ahora la génesis de la religión como un imperativo de la voluntad humana para superar el caos originario del mundo que circunda a lo humano; recordará aquella frase de *Menschliches, Allzumenschliches*: "El sentido del culto religioso es determinar y conjurar la naturaleza en provecho del hombre, esto es, plasmar en ella una legalidad que antes no poseía" (cf. p. 63). Tal necesidad humana es superada en el momento en que la vida, recuperándose de la negación y debilitamiento a que la ha sometido una cultura decadente, es capaz de realizar *creativamente* la voluntad de poder que le es ínsita, renunciando a las desviaciones *ascéticas* que una "razón" radicalmente distorsionada le propone. Massuh realizará un pormenorizado análisis de esta última antinomia en el Capítulo VI de su obra ("Ascetismo y voluntad de poderío"). Se mostrará allí, en síntesis, que la voluntad de poseer frustrada y vuelta sobre sí misma da por resultados los tipos humanos del *santo* y del *asceta*, tan caros, según Nietzsche, a una cultura burguesa y decadente. Incluso, advierte Massuh, "en determinados fragmentos, Nietzsche, nos hace pensar que existe una 'historia' de la noción de Dios, un desarrollo de su vivencia, que estaría condicionado por la evolución y trasfor-

mación de la voluntad de poderío” (p. 81). Esta “historia” resulta formada por dos períodos consecutivos y antinómicos: un primer momento en que el pueblo experimenta vivamente un *sentimiento de poderío* que lo lleva a confiar en su destino y en su capacidad de conquista y en el cual crea una religión fuerte y guerrera con un Dios a quien sacrificarse en forma de agradecimiento; una segunda etapa en la que el pueblo abandona ya esa fe en sus propias fuerzas y comienza a necesitar “las virtudes de los sometidos”. Aparece entonces “un ser que aconseja la ‘paz del alma’, el ‘no odiar más’, y el ‘amor a amigos y enemigos’” (p. 85). Esta evolución *regresiva* se habría operado, según Nietzsche, en el paso del judaísmo al cristianismo donde “. . . el Dios del Antiguo Israel convertido en Dios moral y bondadoso perdió en calidad y vitalidad y se hizo Dios de los enfermos” (p. 88).

Aclarada la perspectiva histórica e individual, Massuh encuentra que existe un tercer frente desde donde Nietzsche intenta también desenmascarar el carácter fraudulento de la religión: la sociedad. Señalará al respecto que “. . . la crítica efectuada por Nietzsche presenta rasgos pertenecientes a una sociología de la religión”, si bien, “no se lo propuso deliberadamente” (p. 91). Aquí lo medular para Nietzsche era demostrar “que el mundo religioso no sólo es una deficiencia de la razón, de la vida, de la voluntad de poder; también lo es, y en muy alta medida, de la sociedad. No podremos comprender la génesis de la conciencia religiosa si no nos referimos al momento colectivo en que hizo su aparición” (p. 91). Por lo tanto cuando nos preguntamos por el origen de la forma religiosa por excelencia de la

civilización occidental —el cristianismo— resulta imprescindible mostrar, a ello tiende la hermenéutica de Massuh interpretando a Nietzsche, que éste sólo fue posible sobre la destrucción del mundo antiguo (Grecia-Roma) y la consecuente resurrección del Oriente con su rasgo más peculiar: la abolición de la libertad. De allí que: “El cristianismo representa la resurrección del Oriente, sobre todo la hegemonía del *esclavo oriental*. Por intermedio del cristianismo el Oriente vuelve a conquistar a Roma y la destruye desde adentro, aniquila sus valores, su estilo de vida, ‘su noble y frívola tolerancia’ ” (p. 92).

Continúa esta “sociología nietzscheana de la religión” analizando las condiciones de posibilidad para la aparición de “fundadores de religiones” y “sectas”, así como las relaciones entre “el estado y la religión” que lleva al primero a instrumentalizar la religión en su propio beneficio y más tarde a erigirse él mismo como religión; mecanismo que le impele a Nietzsche a reflexionar acerca de la necesidad de que la utilización de esa fuerza social que representa la religión quede siempre del lado de la voluntad de poderío, en calidad de “instrumento”, y no librada a su propia dinámica, donde pasa a ser la “moral” y la justificación de los “esclavos”. (cf. ps. 95/104).

Esta caracterización de la condición social de la religión lo lleva a Massuh a presentar las relaciones entre Nietzsche y dos contemporáneos suyos que también dieron primacía e importancia fundamental al terreno de la sociedad, en su carácter de “creador” y “sostenedor” de las distintas ideologías: Feuerbach y Marx. Luego de esbozar las concepciones acerca de la religión y del hombre sustentadas por cada uno de ellos, pasa nuestro autor a pen-

sar las “semejanzas y diferencias” entre estos tres pensadores. Comienza por señalar una diferencia inicial, que no puede ser pasada por alto, entre Nietzsche y Marx. Mientras que el primero —sostendrá Massuh— “es un espíritu sacudido por fuertes accesos místicos y hondas intuiciones de lo divino. Marx fue todo lo contrario de un espíritu religioso; cuando más, fue el profeta irreligioso, de un redentorismo social que venía a proclamar la religión del ‘gran número’ ” (p. 122). Pero por sobre esta diferencia de temples anímicos, señalará Massuh una coincidencia fundamental entre Marx y Nietzsche: “Para uno y otro, la religión es una ‘ilusión’ que enmascara el verdadero rostro de la realidad: las creencias religiosas constituyen un modo de fuga y rechazo de este mundo concreto” (p. 123). Esto, a lo cual es posible adherir sin retaceos el nombre de Feuerbach, agregado al hecho radical de concebir la religión como una *creación humana*, como la creación de un hombre rebajado, humillado y *esclavizado*, constituyen para Massuh la piedra fundamental de la nueva y última actitud de la racionalidad occidental frente al fenómeno religioso: *el humanismo ateo*. Este se opone a aquel viejo “ateísmo naturalista”, tan caro al siglo XVIII, e incerta sus raíces en buena parte de la labor intelectual de nuestro presente (se citan a modo de ejemplos: Sartre, Heidegger y el teólogo protestante Paul Tillich). Pero Massuh no se limita a graficar y describir las relaciones de esta tríada de pensadores, sino que, dando un paso más, interpreta su significación y su resonancia cultural e histórica con estos términos: “. . . el futuro les reservó un destino insospechado de no menor grandeza. Puede pensarse que ellos fueron los precursores de un proceso en virtud

del cual el fin de la religión que se propusieron, hace posible un nuevo comienzo. La muerte que anunciaron está grávida de resurrecciones. Si un renacimiento de lo sagrado es posible en nuestro tiempo, si es posible una liberación del impulso religioso . . . tendremos que agradecerlo al titánico esfuerzo desenmascarador realizado por estos fundadores del humanismo ateo” (p. 125). Tesis que, como se advertirá, reitera lo anunciado en un comienzo respecto de la labor nietzscheana.

Finaliza la obra que hemos presentado con una caracterización cuidadosa y exhaustiva de la tan mentada “muerte de Dios” proclamada por Nietzsche en *La Gaya Ciencia*, a la cual hace seguir una hermenéutica —no menos cuidadosa y completa acerca de la concepción del “actor creador” en sus dos vertientes: “heroica” (basada en “una hipertrofia ilimitada del ‘yo quiero’ ”. (p. 160) y “mística” (donde el acto creador es “vivido como una experiencia sagrada, desde la perspectiva de la eternidad)” (p. 166). Al final de ambas caracterizaciones es reiterada la tesis central del libro bajo la forma de una nueva pregunta: “¿No podría pensarse que el ateísmo que profesaba (Nietzsche) viene a ser la máscara de su religiosidad?” (p. 173); la cual halla respuesta plenamente positiva en los dos apartados siguientes: “El gran mediodía” y “La religiosidad dionisiaca” (Cap. XIII y XIV).

Cierra el trabajo una “Conclusión” donde el autor sintetiza con precisión su “punto de vista” —el que hemos señalado a lo largo del comentario—; agrega una serie de consideraciones críticas acerca de otras aproximaciones a la obra y a la personalidad de Friedrich W. Nietzsche (especiales referencias a Eugen Fink, Charles Andler y Martín Heidegger) y recapitula lo medular de

## Revista de libros

su trabajo en una lista de once puntos.

No quisiéramos acabar estas líneas sin señalar que esta obra, de indudable mérito creativo dentro de la bibliografía nacional e internacional en cuanto al tema se refiere, cumple holgadamente

los requisitos indispensables de un excelente ensayo filosófico, así como expresa con claridad una nueva inquietud en el plano de la literatura filosófica argentina.

Mario Carlos Casalla

RUDOLF GROSSMANN: *Geschichte und Probleme der lateinamerikanischen Literatur*. Verlag Max Hueber, München, 1969. Volumen en rústica, 699 págs.

La literatura latinoamericana estaba considerada en la esfera alemana solamente como un apéndice de la literatura ibérica. El gran continente del sud era solamente un socio comercial, con lo cual se explica lo poco que sabemos verdaderamente sobre la mentalidad de aquellos hombres. Y se demostró con la falta de la política de desarrollo, se evidenció últimamente durante el secuestro del embajador alemán en Guatemala, donde precisamente el desconocimiento del carácter latinoamericano condujo a un final trágico.

Solamente con el comienzo de las celebraciones del centenario de Alexander von Humboldt, alrededor de 1959, se empezó también en Alemania a interesarse y comprender que América Latina tiene una gran importancia espiritual. Con qué gran interés se han comprendido otros países con este continente, lo demuestra claramente el grandioso resumen que Grossmann nos da al final de su obra.

En Alemania existían únicamente dos pequeños libritos, "La literatura española-americana en sus principales corrientes", de 81 páginas, publicado por Max Leopold Wagner en 1924 en Lipsia; y el estudio de 63 páginas de Hellmuth Petriconi: "Novelas españolas-americanas del presente", publicado en 1938.

Este vacío lo llena ahora la gran

obra del alemán-argentino profesor Dr. Grossmann. Este fue durante decenios catedrático en cuestiones hispánicas en la Universidad de Hamburgo. En círculos más amplios es conocido ante todo como editor del importante diccionario alemán-español de Slaby-Grossmann.

Grossmann demuestra que la literatura sudamericana es única en la literatura mundial, ya que es el resultado de una fusión de dos viejas culturas, iguales una a la otra, lo que determina su "carácter sintético", como dice Grossmann. Un examen profundo de la literatura sudamericana, demuestra que la terminología y las medidas europeas no pueden ser usadas. Una concepción geopolítica puede considerar quizá a Europa como el continente del equilibrio, América del Sur como el continente de los contrastes.

Grossmann declara con razón que "el hecho de que en América del Sur falte entre los extremamente cultos y los analfabetos, entre privilegiados y pobres, la larga clase media; entre ciudad mundial y campo, la cultura fijamente reposando en sí de un pueblo de los Pirineos o de los Alpes; entre la altitud extrema de los Andes y la amplitud de las pampas y llanos, la impresión que coloca medidas de paisajes medios de Alemania o Francia, ha formado enormemente la sustancia literaria del Nuevo Mundo". Sobre esta base da Gross-

mann una idea general del desarrollo espiritual de Iberoamérica. Es una coordinación llena de tensiones, una mezcla de folklore e ideas vanguardistas, epopeyas y dadaísmo lo que encontramos. Pero todos los extremos se confunden en una síntesis que domina sobre el pensar social. Esta síntesis creó la americanidad, que se espejó en la literatura en todas sus formas.

Muy claramente expone el autor este proceso en su obra, esta fuerte tensión entre la época de los indios y el tiempo moderno, entre herencia española y la intromisión de la sangre negra. Y este carácter del latinoamericano lo manifiestan los ejemplos de la poesía sudamericana, traducida excelentemente por Grossmann.

El sudamericano llega a ser el hombre que se busca a sí mismo para alcanzar su propia cultura. Ciertamente, Europa ha llevado su cultura y su creencia a América del Sur, pero el continente tuvo la fuerza de transformarlo todo, adecuándolo a su carácter.

La joven poesía revela claramente que el alma del hombre de ese continente está determinada telúricamente por la selva virgen y las llanuras. En ello vibra, como herencia de su pasado, un sentimiento pánico.

Grossmann señala la estrecha conjunción del desarrollo de la vida espiritual

con su ambiente y las condiciones sociales. Acierta así brillantemente al demostrar "la homogeneidad común de estos países (de América latina) en su integridad y en su específica americanidad, que ha existido siempre en todas las épocas como lo eternamente permanente en el cambio de las modas literarias". Y la importancia de lo autóctono como motor en toda la historia latinoamericana se manifiesta claramente. Este concepto interior se manifiesta en la literatura. Grossmann nos ha proporcionado una idea total del espíritu del continente sudamericano, que no podrá ignorar quien esté relacionado de cualquier manera con estos pueblos. Una tierra incógnita ha sido descubierta.

La bibliografía al final de la obra da un resumen total sobre el movimiento espiritual de América latina, de su historia y de su desarrollo. Así no estorba que Grossmann reemplace los títulos de las traducciones, elegidos muchas veces equivocadamente por los editores alemanes, por traducciones propias. Pequeñas fallas que no disminuyen el valor de esta obra modelo, con que Alemania cumple su deuda en este terreno.

R. Caltofen Segura

Düsseldorf (Alemania Federal)

JOSÉ FERRATER MORA: *Diccionario de filosofía abreviado*. Texto preparado por E. García Belsunce y E. de Olaso. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1970. Volumen en rústica, 478, págs.

En 1941, al presentar su primera edición del *Diccionario de filosofía*, Ferrater Mora lo hacía con plena conciencia de enfrentarse a una tarea poco menos que imposible para un solo hombre. Sin embargo, su "utopía" fue aproximándose en sucesivas versiones a la

realidad, culminando con su última edición en dos monumentales tomos, cuya amplia difusión hace prescindible todo comentario. Pero justamente el carácter "enciclopédico" que llegó a tener el "Diccionario" motivó que el autor "comenzara a darle vueltas a la

idea de confeccionar una edición abreviada para uso de alumnos de la enseñanza media, de cursos universitarios generales y, por descontado, de un vasto público que, aunque de veras interesado en lo filosofía, no suele estar en disposición de adquirir o de manejar una obra que, siquiera meramente en razón de su volumen, ha sido calificada de "monumental". A esta confesión expresada por Ferrater en el *Prólogo* de la edición abreviada que comentamos se agrega la advertencia de que esa tarea de abreviatura debía recoger, empero, lo esencial de la obra mayor sin sacrificar la utilidad y claridad. Se trataba, pues, de una tarea ardua que requería ánimo y dotes nada comunes. Ferrater reconoce que García Belsunce y E. de Olaso han logrado llevar a buen término esa empresa gracias a que poseen las virtudes y competencias requeridas para la misma: "Un conocimiento a fondo del contenido y estructura del *Diccionario*, un saber filosófico amplio y sólido, un excepcional buen criterio para seleccionar lo fundamental y descartar lo menos urgente, y una capacidad de síntesis muy especial".

En una breve *Advertencia preliminar*, los autores de esta síntesis explican, por su parte, los criterios selectivos adoptados, basados siempre en el propósito de "conservar los conceptos y problemas fundamentales de la filosofía, lo que se ha llamado *filosofía perenne*". Para ello optaron por prescindir de biografías, bibliografías y artículos que, debido a su tecnicismo y especialización extremados, no eran compatibles con una obra de esta índole. Pero hay que señalar que un prolijo apéndice contiene breves noticias sobre la vida de los filósofos más importantes mencionados en el cuerpo principal del *Diccionario*, y que, además, se ha conservado una parte

bibliográfica, si bien limitada a señalar lo esencial escrito por el autor y sobre el mismo que, a la vez, sea asequible en nuestro idioma. Para conservar la unidad de esta abreviatura, por lo demás, muchos artículos fueron totalmente reformados, y, en otras ocasiones, varios temas fundidos en una solo. Con estos criterios selectivos que hemos esbozado someramente, pero sobre todo guiados por la comprensión profunda de los temas y la capacidad de síntesis señaladas por Ferrater, los autores del presente texto han logrado prácticamente una nueva obra de consulta rápida, útil inclusive para quienes posean la obra mayor. Aun éstos, escribe Ferrater, pueden estar seguros de que encontrarán en estas páginas, a un tiempo apretadas y lúcidas, todo lo que buscan y, como ocurre a menudo en los diccionarios bien equilibrados, algunas cosas que les serán dadas por añadidura.

No podríamos formular una crítica más acertada sobre este diccionario abreviado que la apreciación que el propio Ferrater expresa en el *Prólogo*, al decir que ostenta ventajas que saltan a la vista: utilidad, facilidad de manejo, tersura, y lo que cabría llamar *proporcionalidad*. "Esta última es tan notable— continúa— que la obra mayor podría inclusive considerarse como una ampliación y extensión de su abreviatura." De tal modo se ha logrado, gracias al trabajo de años de Ferrater Mora y a la sagacidad de quienes hoy nos brindan esta síntesis, una mayor aproximación al ideal que el primero formulara en su ya citada edición de 1941: que cada cual colabore en la medida de sus fuerzas en el perfeccionamiento de una obra, en la consecución de lo que un pensador español, con frase acertada y honda, ha llamado *la obra bien hecha*.

Mario A. Presas.

GERMÁN GARCÍA: *El inmigrante en la novela argentina*. Ed. Hachette, Buenos Aires, 1970. Volumen en rústica, 108 págs.

El germen de este libro de Germán García —laborioso trabajador de la cultura— está ya en los primeros capítulos de su obra *La novela argentina* (1952): “El inmigrante, la herencia biológica y las pústulas del cuerpo y del alma. Tal es el tema que se desarrolla en las páginas con que Zola entró en la novelística argentina”. Ahora, en el libro que reseñamos, amplía esa proposición, que lleva, ciertamente, el sello del naturalismo, dando sustancia para renovadas expresiones de nuestra más vieja novela —como género ya afianzado—, dejando de lado las excepciones de *El matrero*, de Echeverría; *Soledad*, de Mitre; *Amalia*, de Mármol; *La novia del hereje*, de Vicente Fidel López, y tal vez alguna otra.

Un singular fenómeno demográfico, el de la inmigración masiva a partir de 1880, o poco antes, y el auge de Emilio Zola, entonces en plena producción, pues a la sazón el novelista francés tenía cuarenta años de edad (muere en 1902), son otros tantos motivos para acuciar el enfoque de una temática inédita bajo la lente de la nueva escuela. El país presentaba por aquellas fechas excepcionales oportunidades económicas y sociales, determinando que la corriente inmigratoria —ya iniciada por los gobiernos de Rivadavia y Urquiza, bajo el precepto de “Gobernar es poblar” enunciado por Alberdi— dejara en nuestras playas el fecundo sedimento de un potencial humano que, al tiempo de hallar seguridades para su propio futuro, al amparo de los generosos enunciados de la Constitución del 53, habría de incorporarse al quehacer nacional contribuyendo al engrandecimiento de la República. Así, mientras en el

primer censo nacional, llevado a cabo en 1869 durante la presidencia de Sarmiento, la proporción de extranjeros fue del 12 por ciento, en el segundo (1895) aquella subió al 25,5 y al 30,3 en el tercero, realizado en 1914, que es cuando alcanza la relación más alta: casi un tercio de la población del país era extranjera, y hubo períodos, como las décadas de 1880 y de 1900, en que el crecimiento migratorio fue mayor que el vegetativo. Y esto otro: de acuerdo con las cifras del censo de 1914, en la Capital Federal de cada 10 varones mayores de catorce años, 8 eran extranjeros.

La literatura, especialmente la novela (como ocurrió más tarde con el teatro), no podían sino aprehender ese fenómeno que se desenvolvía de manera tan evidente. Ofrecía éste un abundante y variado material para los escritores de la época: los sueños, ambiciones y sacrificios de los recién llegados, la introducción de costumbres hasta entonces desconocidas o poco menos, la resistencia de los nativos a quienes venían a desalojarlos o a competir, el establecimiento de una incipiente industria, el ejercicio de nuevos oficios, la afirmación de un proletariado y la condigna creación de organizaciones sindicales (la primera en 1878) propiciadas por los foráneos y, en fin, la incorporación al idioma vernáculo de vocablos de otras lenguas, muchos de los cuales fueron —a menudo deformados— a formar parte del lunfardo. Y a fe que supieron aprovechar tan rico venero de hechos y circunstancias, dando origen a la “novela del inmigrante”, cuya manifestación inicial es *Inocente o culpable*, de Juan Antonio Argerich, aparecida en

1884, en la que el autor acumula argumentos en torno al daño que supuestamente la inmigración acarrea al país sobre falsas ideas acerca de la herencia psico-física. Es el año, asimismo, que ve la luz *La gran aldea*, de Lucio López, en la que asoma por primera vez un tipo, el del aventurero trepador, que después aparecería, con variantes, en otras novelas.

De la misma tesitura que el libro de Argerich es *En la sangre* (1888), de Eugenio Cambaceres, aunque tanto lo de uno como lo del otro —tal cual lo señala el autor— “es falso, producto de su imaginación, no de su observación directa y objetiva de la sociedad que pretendieron documentar en sus novelas”. Dos médicos, Manuel T. Podestá y Francisco A. Sicardi, a quienes la profesión pone en diario contacto con las miserias de la vida, se tientan por la moda “zoliana” y dejan dos obras, aunque de muy distinto mérito, catalogables dentro de las del tema: del primero, *Irresponsable* (1888) —el hombre sin rumbo, vencido en plena juventud— y del segundo ese gran fresco dramático que es *Libro extraño* —cinco tomos aparecidos entre 1894 y 1902—, en el que queda patentizada toda un época de la transformación argentina. A fines del siglo aparecen tres obras a las que el autor califica como las más valiosas dentro de la tendencia que examina: *Teodoro Foronda* (1896), de Francisco Grandmontagne; *Promisión* (1897), de Carlos María Ocanto, y *Bianchetto; la patria del trabajo* (1897), por Adolfo Saldías. De todas las novelas hasta ahora citadas, la de Grandmontagne (1866-1936) —vasco español, no tanto por nacimiento cuanto por crianza y por ascendencia materna y paterna, que llegó en el 83 a nuestro país, con el que se consustanció de modo admirable— es la más señera novela

de la inmigración, la de mayor valor documental a la luz de un “costumbrismo” a lo Pérez Galdós. A este libro dedica el autor un análisis más exhaustivo, en el que se trasluce la simpatía que Grandmontagne supo despertar en esta tierra, que dejó al cabo de muchos años para ir a morir a San Sebastián.

De aquí en más Germán García va presentando con rigurosa metodología decenas de títulos y autores, sistematizándolos en capítulos que abren distintas proyecciones a la novela de la inmigración. Uno de ellos es el que titula “El país del inmigrante”, es decir las regiones de la República a donde éste va a sentar reales, estableciéndose una trasvasación en doble dirección con el medio que lo rodea, reflejado en sentimientos, luchas y esperanzas, éxitos y fracasos, cambios sociales. Ahí está, pues, el inmigrante en la llanura pampeana —la chacra o la estancia—, en la feraz mesopotamia, en los bosques chaqueños, en el duro trabajo de las canteras y salinas del noroeste, en la desolación de la Patagonia.

Muchas son también las novelas y relatos que ponen al corriente sobre la vida de los inmigrantes que optaron por quedarse en las grandes ciudades, como Buenos Aires y Rosario, contribuyendo inesperadamente al inicio de la macrocefalia que el país actualmente padece. Buenos Aires debió duplicar y hasta triplicar malamente su capacidad habitacional y la especulación más despiadada dio nacimiento, en la década del 80, a esos hacinaderos humanos que son los conventillos. En 1890, cuando Buenos Aires tenía alrededor de medio millón de habitantes, una quinta parte vivía en casas de inquilinato. Fue otra veta que explotó la literatura, comenzando por el novelón *Palomas y gavi-lanes* (1886), firmada por Ceferino de la Calle (seudónimo de Silverio Domín-

guez); después las imágenes del conventillo aparecen en muchas novelas, relatos y cuentos, así como se transforma en el escenario de innumerables sainetes porteños.

La llegada en masa de los extranjeros, como lo destaca el autor bajo el subtítulo de "Chauvinismo racista", produjo la natural reacción de los oriundos del país y ese inevitable choque quedó reflejado en las más antiguas novelas de esta temática, como las ya nombradas *Inocente o culpable*, *En la sangre* y aún en *La Bolsa*, de Julián Martel (seudónimo de José Miró), en la que denosta a los judíos. Pero, felizmente, "ese movimiento racista y de agresión contra el extranjero no tuvo en nuestro país raíces hondas y resultó siempre extraño al pensamiento argentino".

Este trabajo de Germán García —re-dactado en un estilo llano, como cuadra a la índole de la investigación literaria que lo sustenta—, tiene un trasfondo sociológico que da la pauta para mayores ahondamientos, como el autor sugiere, en seminarios universitarios o en monografías especializadas. "Con ser —di-

ce— la novela de la inmigración propia de una época del pasado, es evidente que no terminó su vigencia". Ella puede renovarse sobre la base de una nueva inmigración, no europea, que ya ha dejado por completo de afluir, sino proveniente de los países vecinos que llega sin cesar al nuestro. Millares de bolivianos, paraguayos y chilenos que han cruzado las fronteras, formando aquí comunidades o alojándose precariamente en "villas de emergencia", ofrecen al novelista de hoy una realidad viva que tiene a su directo y fácil alcance.

La aportación de Germán García, no sólo bibliográfica sino también valorativa de las obras en que urge, desde que se halla muy bien informado de la producción novelística nacional, deja abierto un filón para búsquedas más minuciosas y particularizadas que seguramente algún estudioso sabrá aprovechar. Mérito, desde ya, doblemente destacable.

Noel H. Sbarra.

PROSAS DISPERSAS DE VICENTE BARBIERI: *Selección, Advertencia preliminar, Cronología bio-bibliográfica, Contribución a la bibliografía y notas de Aurelia C. Garat y Ana M. Lorenzo*. Ed. por el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, 1970. Volumen en rústica, 305 págs.

El Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación dedica este volumen al escritor Vicente Barbieri.

Vicente Barbieri (1903-1956) el poeta de Alberti —cuya infancia transcurrió en las márgenes del río Salado—, como todo artista sufre en su juventud el choque con la realidad social en la

cual se halla inmerso y que en diversas oportunidades no aquilata el valor del trabajo intelectual.

Transita por diversos oficios: peón de cuadrilla, cargador de bolsas, tipógrafo, periodista y maestro rural.

El rudo trabajo del campo y el contacto con sus gentes, enriquecen las vivencias adquiridas en su terruño para mostrarnos en su poesía, con un lenguaje

## Revista de libros

fluido, vital, rico en metáforas y con profundo sentido metafísico, la naturaleza que lo conmueve y en la que refugia su soledad. Pero lo más importante es el conocimiento del hombre, sus concepciones, costumbres y vivencias, que lo atrapan y conducen al autor a manifestarlo en su obra.

El valor literario de la obra de Barbieri es avalado por las distinciones recibidas, entre ellas: dos primeros premios —nacional y municipal de poesía— y el premio Sarmiento de la Sociedad Argentina de Escritores.

Aurelia C. Garat y Ana María Lorenzo han reunido y seleccionado con riguroso criterio los textos en prosa, que con las excepciones de *El río distante* (1945), *Desenlace de Endimión* (1951), *El intruso* (1958) y algunos folletos, han permanecido inéditos.

La selección está precedida por una cronología bio-bibliográfica, en la cual se intercalan con acierto párrafos del *Cuaderno de memorias*, *Cuaderno de recortes*, discursos y obras del autor, además de cartas y recuerdos de críticos y amigos.

Las prosas se ordenan en tres cuerpos: El primero, Cuentos y relatos, incluye fragmentos de *Daniel el autómatas* y algunos textos de *Cuadernos de San Silvestre*. El segundo grupo comprende varias áreas temáticas: Pampa, Sobre literatura, Sobre pintores, Temas americanos; y bajo el título de Otros temas,

el último abarca y señala la variedad de asuntos que interesaban al autor.

El conjunto revela vivencias y motivaciones depuradas con profundo sentido estético que las identifican con la obra en verso.

El volumen concluye con una seria contribución bibliográfica, que en lineamientos generales respeta las normas del Fondo Nacional de las Artes. De sus tres partes: Del autor, Crítica y biografía, e Índices; la primera reúne toda la obra del escritor, en sus distintas facetas e incluye una lista de seudónimos utilizados para firmar varios de sus escritos en prosa, la segunda corresponde a todo lo escrito sobre Barbieri. Por último, el índice ordena los títulos de obras, noticias periodísticas, artículos críticos y capítulos contenidos en las primeras y siguientes ediciones de las obras del autor.

En forma simultánea el Instituto de Literatura de la Provincia de Buenos Aires destina un cuaderno a *Vicente Barbieri y el Salado*; es también un trabajo meritorio que complementa hasta cierto punto la perspectiva planteada en la selección que motiva esta reseña.

Las dos publicaciones, además de rendir justo homenaje a un escritor de la calidad de Vicente Barbieri, son interesantes contribuciones para la difusión y estudio de la obra del poeta.

Ana Inés Pulido.

FRANCISCO P. MORENO: *Viaje a la Patagonia austral*. Ed. Solar-Hachette. Colección Dimensión Argentina. Volumen en rústica, 413 págs.

En el concierto de nuestra muy reciente historia del suelo argentino, podría reunirse una verdadera colección de relatos de viajes y exploraciones verdaderamente extraordinarios, pero por sobre todo, con el valor de lo

absolutamente reales. Lo imaginativo o fantasioso no llegó a tener cabida en aquellas descripciones que se vieron colmadas con referencias concretas sobre las penurias, sacrificios, satisfacciones y aventuras que las más remotas y

apartadas regiones del país ofrecieron a quienes muchas veces pusieron en ellas por primera vez sus plantas.

Las altas y desérticas extensiones de la Puna de Atacama, las impenetrables selvas del Gran Chaco, las escarpadas e inaccesibles cumbres de los Andes, y las solitarias e infinitas mesetas patagónicas, acordaron escenario propicio para este juego de los descubrimientos.

En esa colección de obras, hoy injustamente muy olvidadas, debe llenar un importante lugar el libro que nos ocupa, y es sin duda gran mérito el de la Colección Dimensión Argentina, de Solar, al exhumarlo del desconocimiento de muchos que hoy se asombrarán con su lectura.

La reedición a que nos referimos, tiene carácter de homenaje al autor en el cincuentenario de su muerte, y está realizada sobre la base de la 1a. y 2a. tiradas publicadas en el año 1879, reproduciéndose también los dibujos de aquellas ediciones originales, obra del pintor Alfredo Paris.

En una enjundiosa, concreta y ajustada Nota Preliminar, Raúl Rey Balmaçada sintetiza el valor y el contenido de la obra.

Francisco P. Moreno deseaba descubrir la incógnita, entonces aún no bien develada, de las nacientes del Río Santa Cruz, y definir las características geográficas del área cordillerana respectiva.

Ya de regreso de su viaje al Nahuel Huapi, y ayudado por su amigo el Dr. Estanislao Zeballos, el entonces presidente de la República, don Nicolás Avellaneda, y la Sociedad Científica Argentina, resuelve encarar la nueva aventura. Para ello se le brindaba un pesado e inapropiado bote, escasas provisiones y sólo tres marineros.

Para ese entonces (1876) únicamente cuatro lugares en la Patagonia, estaban

bajo el dominio del hombre blanco: el pueblo de Punta Arenas, perteneciente a Chile; la incipiente población de la Isla Pavón, en el estuario del Río Santa Cruz; la colonia galesa en el curso inferior del Río Chubut, y el poblado de El Carmen de Patagones, en el curso inferior del Río Negro.

El 20 de octubre zarpaba de Buenos Aires en una pequeña goleta de 100 toneladas. A los 26 días, llegaría a la barra del Río Chubut y a su bahía, para arribar al estuario del Río Santa Cruz, el 21 de diciembre.

Muy pronto iba a tentar lo que Fitz Roy y Darwin no habían conseguido en 1834, cuando en tres balleneras con 18 marineros, habían tratado de alcanzar las nacientes del Río Santa Cruz.

Todo quedó listo en su desembocadura el 15 de enero. Allí el río alcanzaba un ancho de unos 5.000 metros. Pero más adelante, curso arriba, se iría estrechando hasta tener, al cabo de sus 400 kilómetros de recorrido, sólo unos 150 metros de ancho en sus nacientes, con lo que, cada vez más, su corriente se haría más impetuosa.

El bote, para vencer la corriente, debía ser remolcado a caballo desde tierra. A veces en un minuto, por la rotura del cable de remolque, se perdía el camino hecho en un día. Otras veces las barrancas se hacían tan abruptas que tuvieron que abandonar la ayuda de los caballos, y remolcar, dentro del agua, con ella hasta el cuello, durante días enteros, y otros. entre el barro y los arbustos espinosos.

Cuando principiaron a distinguir en el horizonte, hacia el lejano oeste, los cerros negros y volcánicos, aumentaron aún los trabajos. Decía Moreno en conferencia dictada en el Uruguay en 1882: "Sólo el deber patriótico de hacer en nuestro país lo que no habían hecho en él los viajeros extranjeros, pudo

## Revista de libros

darnos fuerzas. Nuestras ropas y nuestro calzado se habían destruido y pasamos momentos en que la vida dependía sólo de segundos de esfuerzos. Hace cinco años —agregaba— que sufro de las enfermedades adquiridas en esos días. Cuando el desaliento se apoderaba de nosotros —decía— bastaba que mirásemos al suelo y encontrásemos un viejo tronco hachado por los marinos ingleses (Fitz Roy y Darwin) para continuar con fuerza la tarea”.

Por fin, el 14 de febrero, llegaban a la culminación de su meta.

Las últimas horas de trabajo de remolque a pie fueron duras. Atados a la sirga hicieron las últimas cuerdas, cayendo y levantando, hasta que el bote flotó mansamente en el lago de su nacimiento.

Dos días después eran los primeros hombres blancos que surcaban las aguas de los ventisqueros andinos, a través de aquél, bautizado por él, Lago Argentino.

Su sed de descubrimientos se ve recompensada. Bautiza otros lagos, que dan sus aguas al Océano y al río por el que han llegado, y recoge, además de infinidad de observaciones sobre la flora, la fauna y la gea, una importante colección de objetos de la industria aborigen. Entre los hallazgos que más lo regocijan, se cuenta un cuerpo humano momificado, que encuentra disimulado en una pequeña caverna, pinta-

do de rojo, adornado de plumas de avestruz y con una larga pluma negra de cóndor entre los brazos.

Regresaron por el mismo camino, navegando el Río Santa Cruz, pero esta vez, a favor de la rápida corriente, lo que les había costado 25 largos días lo habrán de cubrir en sólo 23 horas y media.

Cuando por fin desembarca en Buenos Aires, Moreno lo hace sin dudas, con el espíritu satisfecho, si bien con la salud quebrantada.

Había desde entonces, que trazar algunas líneas negras en la blanca carta de Patagonia.

Cerramos el comentario de este hermoso libro, cuya lectura resulta verdaderamente emocionante, con una manifestación del propio Moreno: “Había cumplido con el grato deber de dar cuenta al Gobierno de la Nación que la llanura del misterio, del almirante Fitz Roy, había sido explorada y que las planicies que los marinos ingleses llamaron del Desengaño, albergan hermosos lagos donde pronto navegarán las naves argentinas. ¡Cuántas veces en los ratos de descanso, allá en esas regiones, he pensado en su presente y he vislumbrado su porvenir! Horas fueron aquéllas que compensaban todos los peligros y todas las fatigas.”

Carlos Antonio Moncaut.

RAÚL H. CASTAGNINO: *El teatro de Roberto Arlt*. Segunda edición. Ed. Nova, Buenos Aires, 1970. Volumen en rústica, 126 págs.

“Es noche de estreno: *Saverio el cruel, El fabricante de fantasmas, Africa, La fiesta del hierra*. ‘¿Te das cuenta?, la gente sale desconcertada’. Invariablemente la gente salía desconcertada, y eso lo ponía eufórico. Alguien acota:

‘Este tipo es un loco’; mi padre, mezclado entre el público husmea como un perro que busca a su amo, escucha los comentarios y se regodea.” Es Mirta, la hija de Roberto Arlt (1900-1942), quien lo cuenta en un recuerdo sobre

su padre que escribiera hace una docena de años.

(Me pasó con Arlt como con Rodolfo González Pacheco —1881/1949—, a quien durante los meses de verano, en mis frecuentes idas al río, hace años, veía a menudo en su casita de Ensenada —“la quinta”—, sin atreverme nunca a golpear las manos y pedir permiso para entrar y sentarme a escucharlo, a la sombra de los árboles, como hacían otros muchachos ya amigos suyos. A aquél lo vi dos veces, en 1936, en el Teatro del Pueblo, entonces instalado en Carlos Pellegrini al 300, en el segundo de los cinco locales en los que sucesivamente funcionó. Con un compañero de facultad debíamos entrevistar a Leónidas Barletta para pedirle que viniera a La Plata —como generosamente lo hizo— para hablarnos sobre la posibilidad de hacer teatro en la Universidad. Nos invitaron a pasar a la sala, donde se ensayaba *Saverio el cruel*, y nos sentamos en la platea en penumbra; algunas filas más atrás estaban tres hombres jóvenes, uno de los cuales hablaba en voz alta, con abiertos ademanes. Barletta, desde el escenario, no irrumpe con gestos: sólo chista, severo, sin quitar los ojos del libreto. Nos dimos vuelta; el destinatario de la advertencia, de varonil figura, rostro simpático, con un mechón de pelo volcado sobre la frente amplia, tocándole las cejas hirsutas, extendió la diestra y entre el pulgar y el índice de la otra mano se apretó los labios, en un mohín de poner punto en boca. Terminado el ensayo y después de conversar con Barletta, supimos que “ése” —otra vez exultante— era Roberto Arlt. A los dos amigos —ambos habíamos leído *Los siete locos*, como muchos de los estudiantes de esa época, y yo, mayor, había visto *300 millones*, nos hubiera gustado conocer personalmente a Arlt,

conversar con él. No pudo ser; ahora lo rodeaban y escuchaban, entre risas, varios actores. Una semana después, un día de frío, repetimos la visita para recibir la respuesta de Barletta y convenir la fecha de la charla. Cuando llegamos al teatro, Arlt estaba en la puerta, solo, apoyado de lado sobre la pared, las manos en los bolsillos del sobretodo, una boa terciada al hombro, sombrero negro de ala ancha que ensombrecía aún más la mirada distante, abstraída, como si mirara sin ver; o tal vez mirara hacia su adentro, siguiendo el hilván de la trama que enredaba la locura de Susana con los sueños de Saverio el mantequero, buscando quién sabe lo qué. Cuando salimos ya no estaba; nunca más lo volví a ver. Pasados largos años pedí a Mirta Arlt y a Elma González Pacheco, hijas de aquellos admirados, que contaran “cosas” de sus padres, que era un poco como haberlos conocido. Los respectivos testimonios fueron publicados en esta misma revista; Nos. 7 y 8; 1959).

Sigue evocando Mirta Arlt: “Ahora se da cuenta que toda su vida ha sido una larga preparación para llegar al teatro. Ya no podría escribir novelas”. Y asienta esta frase de su padre: “Lo importante es saber ver; nuestros escritores no saben ver; saben pensar, pero no saben ver”. Estas son las claves que el profesor Raúl H. Castagnino desentraña minuciosamente en este significativo trabajo sobre el teatro “de un autor —dice— que a pesar de haber desaparecido hace tres décadas, se halla en plena vigencia.” Efectivamente, su arte se mantiene vivo y palpitante porque “supo ver” al hombre y sus circunstancias, que es lo que refleja singularmente en sus obras bajo el influjo de su desbordante inventiva.

La valoración de Castagnino describe una precisa parábola iluminadora: par-

te de las motivaciones que indujeron a Arlt a tomar el camino de la literatura dramática, abandonando el género narrativo; asciende en el análisis pormenorizado de su repertorio y termina fijando los elementos del teatro arltiano, resumiendo, a modo de conclusiones, los rasgos caracterizadores del quehacer teatral del autor de *La fiesta del hierro*.

Su llegada al teatro fue, ciertamente, tan inesperada como su partida de la vida. Una noche ve en escena a Erdosian —se ve a sí mismo, podría decirse, como en un espejo—, cuando Barletta hizo, sin mayores adaptaciones, que no las necesitaba, la teatralización de *El humillado*, un capítulo de su novela *Los siete locos*. Esto lo deslumbra como lo que fue: un descubrimiento. Y el propio Barletta lo insta a que escriba para el teatro. Así sube al escenario de aquel memorable sucucho de Corrientes 465, donde nació el Teatro del Pueblo, su obra primigenia, *300 millones*, a mediados de 1932, año en que, coincidentemente, aparece su última novela: *El amor brujo*. Luego estrenaría otras cinco en vida y dos serán representadas después de su repentina muerte, acaecida el 26 de julio de 1942. Deja, asimismo, alguno esbozos dramáticos que ven la luz en diarios y revistas.

Desde aquel momento el teatro lo apasiona y a él se vuelca totalmente acuciado por sus urgencias de “inventor” nato: inventor de situaciones, que compone y recompone en estructuras dramáticas donde se mueven criaturas de carne y sangre, sueños y pasiones, entremezcladas con seres de fantasía y mágica irrealidad. “Lo tangible y lo fantasmal”, dice el autor, son componentes de intrínseca correspondencia en la novelística y el teatro arltianos, y así él mismo lo verifica al distinguir con claridad situaciones y personajes de cuentos y novelas que se reconocen luego en la escena.

La originalidad del teatro de Arlt no fue apreciada en su real proyección —salvo por minorías— ni “en el momento de su estreno halló el eco esperado y posteriormente quedó algo diferido por razones fáciles de explicar: prácticamente todas sus piezas fueron estrenadas en teatros no comerciales, los cuales durante los ‘años treinta’ no siempre contaron con la adhesión de la crítica profesional. Pero, sobre todo, en aquel momento el teatro que ofrecía Arlt era desusado, no tanto porque se insinuara revolucionario, sino porque se extrañaban en él pintoresquismos y ‘color local’, habituales en la escena criolla.”

Sigue cronológicamente el doctor Castagnino la producción dramática de Arlt a partir de *300 millones* (1932), donde si bien destaca con agudeza algunas novedosas —para la época— modalidades de su teatro —el desarrollo en dos planos, el “soñar despierto”, cierto juego sádico (humillarse, sufrir), la sátira social, etc.— señala, con igual independencia de juicio, una explicable inexperiencia técnica (resortes que irá dominando en sucesivas producciones), vacilaciones lingüísticas (que soslaya en el futuro, inteligentemente, al decidirse por la adopción de un lenguaje neutro), así como rastrea sutilmente las reminiscencias librescas del tema. Une seguidamente en un mismo capítulo, bajo el título de “Dos diálogos de amor”, un par de piezas en un acto: *Prueba de fuego*, logrado boceto dramático de acción concentrada y final efectista, editado en 1932 pero representado en 1947; y *Separación feroz*, esquema de extracción literaria aunque logra crear un clima expectante, aparecido a fines de 1938 en el diario “El Litoral”, de Santa Fe.

Y después, sucesivamente: *Saverio el cruel* (1936), comedia dramática en

la que alcanza expresiva tensión el dualismo ficción-realidad; *El fabricante de fantasmas* (1936), única experiencia de Arlt en el campo del teatro comercial, fallida en cuanto a su repercusión sobre el público pero significativa como aportación teatral por su vigor conceptual; *La isla desierta* (1937), "burlería" \* en un acto, según calificación del autor, con la acepción, sin duda, de cuento fabuloso, que esto es en definitiva la pieza; *Africa* (1938), obra en seis actos, que si bien no ofrece problemas psicológicos ni mensaje alguno, interesa como "espectáculo teatral" —colorido, dinamismo—, sugerido por el viaje que Arlt realiza a Marruecos y España a fines de 1935, enviado por el diario en el que por esas fechas trabajaba; *La fiesta del hierro* (1940), sobrecogedor drama, con mucho de tragedia clásica y no menos de sátira antibelicista; y por último *El desierto entra en la ciudad*, farsa en la que el dramaturgo trabajaba al momento de su muerte, dándole ya los ajustes definitivos —recuperada de entre sus papeles póstumos para ser estrenada en 1957—, en la que el teatro arltiano alcanza una nueva dimensión: la metafísica y mística, hasta ese momento desconocida en su producción y que deja entrever —acota Castagnino— "a qué cimas imprevisibles hubiera podido ascender Arlt si el destino no hubiera cortado su frágil vida."

Como resultado de su exhaustivo estudio, el autor traza al final, con in-

tención didáctica, una acendrada síntesis enumerativa de los atributos peculiares del teatro de Roberto Arlt. E inclusive señala coincidencias involuntarias y reminiscencias subconscientes con otras dramaturgias (especialmente Lenormand y Pirandello) muy en boga y de frecuente lectura y discusión para aquellos años.

En suma: este ensayo del profesor Raúl H. Castagnino —cuya anterior edición fue hecha en 1964 por el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata—, que constituye el primer examen sistemático de la obra dramática de Arlt, es no sólo oportuno, desde que las generaciones jóvenes poco o nada la conocen (pues excepcionalmente se representa), sino del todo indispensable para darle el merecido lugar que debe ocupar en la historia del teatro argentino, a despecho de las controversias, en pro y en contra, que ella promueve. El análisis del doctor Castagnino —intelectual que este año fuera distinguido con el premio municipal en el género ensayo correspondiente a la producción de 1968, por su libro *Literatura dramática argentina*— no da pie para entrar en la querrela, pues lo informa un criterio rigurosamente objetivo, avalado siempre por una atenta lectura de los textos y un prolijo estudio de los elementos integradores del teatro de Roberto Arlt.

Noel H. Sbarra

\* Esta misma denominación dio Arlt a dos juegos escénicos publicados en el diario "La Nación", ilustrados ambos por Juan Carlos Huergo: *La juerga de los polichinelas*, —tres escenas, domingo 25 de marzo de 1934— y *Un hombre sensible*, —cuatro escenas, domingo 13 de mayo de 1934. (Nota de N. H. S.)

JULIÁN MARIAS: *Esquema de nuestra situación*. Editorial Columba. (Colección Esquemas; N<sup>o</sup> 104), Buenos Aires, 1970. Volumen en rústica. 86 págs.

Es este un libro de auténtico estilo y espíritu español, y en consecuencia un libro para leer, discutirlo y replantearlo. Julián Marías es así digno de la herencia que recae sobre su inteligencia y conocimiento, porque además de la fuerza que empuja su filosofía, enraizada en la tradición de Ortega, en estas páginas de aproximación a nuestro tiempo, el autor reconoce sin grandes esfuerzos para los lectores, varias otras paternidades, que están enriquecidas por lo que podríamos denominar la línea "occidental y cristiana", aunque a veces las contradicciones obliguen a mezclar tanto a Occidente como a lo religioso.

De cualquier manera se nota claramente la importancia de la hispanidad en la formación de Marías, y por ello el libro tiene el sabor particular de aquellas cosas vivas, que aunque no nos plazcan en su totalidad, nos ofrecen talento, chispa, decisiones, oportunidades de discrepar, y hasta alguna oportuna ocurrencia, que hace de su lectura un verdadera placer.

Sin embargo es necesario remarcar que no alcanza las características de densidad de otras cosas del autor, especialmente de sus trabajos filosóficos, y que en este caso, un ensayo en la mitad de camino entre lo sociológico, lo político y lo histórico, puede convertirse en un interesante pasatiempo, pero de ninguna manera en una densa calificación de nuestro tiempo, ni de nuestra situación.

#### LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS

No podía estar ajena de la interpretación de Marías la complejidad del mundo del subdesarrollo, pero nos pa-

rece que su enfoque además de parcial, resulta excesivamente esquemático, a punto tal que limitar las razones de las graves situaciones económicas de muchos pueblos, a las dos razones que esgrime, una minoría que dirige, que además de egoísta es poco inteligente, y torpemente avara; y por segundo argumento, la presencia de una burocracia ideológica, fanática e inerte, que resulta inoperante, constituye una elocuente manifestación de limitación científica por parte del autor, que por su versación en otros temas está obligado a considerar con más honddura y responsabilidad aquellas cuestiones que hacen a la configuración de sus materiales de análisis.

Además, creer que buena parte de la perspectiva de desarrollo está basada en la simple circunstancia de que el país pertenezca al denominado mundo occidental, resulta ingenuo y también sospechoso, a menos que se reconozca en tal posición una excesiva idolatrización de dicho mundo, que Marías se encarga de categorizar, como el universo del vigor técnico-científico, de la democracia política, de la iniciativa privada y la libertad de la sociedad frente al poder omnímodo del Estado. No hace falta hacer demasiados esfuerzos para comprender que el mundo que define Marías, así como limitación puede existir, pero como realidad, concreta y viviente, hoy es muy difícil encontrarlo tan angelical y claramente dibujado. Las contradicciones, las interpretaciones de ideologías distintas, la cantidad de países que perteneciendo teóricamente a dicho universo "occidental", presentan distintas tipologías ideológicas y de gobierno, están

constantemente desmintiendo tan simple y superficial división, que puede ser válida para una caracterización política rápida de nuestros días, pero de ninguna manera para ser utilizada como argumentación valiosa de un autor de tanto valor y de tanto peso como siempre ha sido Julián Marías.

OTRO ORDEN DE MAGNITUD.

Resulta altamente interesante la interpretación que realiza el escritor con respecto al mundo de las computadoras, introduciendo un valioso concepto, que sirve para que ubiquemos la diferencia de ritmo y de medida que nos separa del mundo anterior.

En ese aspecto ha sido un verdadero acierto responsabilizar a la computación electrónica de la visión nueva que incorpora para el hombre del futuro y que nos ha puesto a nosotros como habitantes de un mundo que "ha pasado a otro orden de magnitud", especialmente si se comprende que con tal herramienta, gran parte de las acciones estarán referidas a las perspectivas de construir un esquema de la libertad, mucho más humano y mucho más verídico.

Alcanzamos a comprender buena parte de la argumentación que incluye esta observación del futuro computable que nos espera, pero nos sorprende sobre manera que el filósofo, o en todo caso, aquí el sociólogo o el político, crea que para el futuro incluido en ese "otro orden de magnitud", Hispanoamérica, nuestro continente, debería apoyarse en España y en Estados Unidos, para llegar a constituirse en el mundo que esperamos. Ni tanto en el pasado y en la historia, ni mucho menos en un juego que nos induce a cambios profundos de nuestra manera de ser.

Y también en ese juego del futuro de Europa, nos ha resultado interesante el análisis de Alemania que hace Marías, aunque nos parece que resumir buena parte de la deficiencia alemana de nuestros días, en el vaciamiento de judíos a los que se ha visto enfrentada después de la experiencia hitleriana, vuelve a ser una simplificación de la verdad y de la realidad, que no resulta comprensible en un filósofo y en un pensador de buena medida.

*Floreal Ferrara.*

ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS: *Filosofía española contemporánea*. Ed. B.A.C., Madrid, España, 1970. Volumen encuadernado, 720 págs.

Desde hace no muchos años se advierte, con agradable sorpresa, la aparición entre la abundante bibliografía filosófica de publicaciones —libros, revistas, artículos— debidas a plumas españolas. Creemos, con todo, que esta creciente participación de la inteligencia hispana en los agudos problemas especulativos contemporáneos pasa bastante inadvertida, por lo menos en los medios cultos americanos.

La obra *Filosofía Española Contemporánea*, de López Quintás, hará en adelante inexcusable este desconocimiento y estimamos que, inclusive, puede sorprender a más de un español el descubrir cuántos son los compatriotas que escriben con seriedad sobre filosofía. En su selección ha evitado el autor ampliar tan holgadamente el significado de lo filosófico que fueran permisibles fáciles ingresos.

Procede con exquisita sobriedad al breve prólogo donde expone propósitos y criterio a seguir: contribuir al fomento de la investigación filosófica y a la renovación universitaria y, sobre todo, cumplir una imparcial tarea informativa. La selección es estricta y opino que en el particular muy escasos podrían ser los reparos. Sigue un criterio más bien "objetivo" que "valorativo", muy expuesto el último a preferencias doctrinales, lo cual redundaría en desmedro de la imparcialidad. En una breve referencia al carácter del filosofar español, que esperamos amplíe, pues el tema lo merece, lo califica de *integracionista*; es un espíritu más que una doctrina. "Para el realismo hispano no hay forma más genuina de síntesis que la que se asienta en las fuentes mismas de la unidad de lo real con una actitud de inquebrantable fidelidad a lo dado, visto en toda su amplitud sin prejuicios envarantes." (p. VIII).

La lista de pensadores favorecidos en la selección es larga. A un extraño a la disciplina quizá sorprenda, iniciándola, el nombre de Jorge Santayana, quien publicó sólo en inglés, aunque nacido en España; pero el conocedor de sus doctrinas advierte en él un realismo y escepticismo que no desdican totalmente de la tradición cultural ibérica. Miguel de Unamuno, no exento de escepticismo, asume una actitud de protesta y de arbitrariedad. El realismo es evidente con matices diversos en Eugenio d'Ors y José Ortega y Gasset. En muy pocos, Santiago Ramírez y José Todolí, tiende a restaurar las modalidades del escolasticismo medieval. Evidentemente los más contemporáneos han estado atentos a lo mucho diverso y grave que, en filosofía, se ha escrito y enseñado: existencialismo, materialismo dialéctico y fenomenología. So-

bre todo la última ha merecido preferentes atenciones: Joaquín Xirau, presente aunque muy diluida en Xavier Zubiri, en el responsable de esta antología Alfonso López Quintás y en José José María Rubert Candau, para mencionar algunos. En y desde el realismo, algunos procuran afianzar una trascendencia auténtica; Juan Zaragüeta, Jaime Bofill, Leonardo Polo y varios otros.

Quien imaginara un pensamiento uniforme y cansino, se equivocaría. Cada uno de ellos expresa diversos accesos, enriquecedores y a veces complementarios, a una realidad multifacética. Eso sí, no dejamos de advertir la ausencia de extremismos, ya se trate de idealismos, positivismos o materialismos. Es algo que ya advirtió Unamuno, capaz de atisbos geniales. Los he buscado, me atengo solamente al material del libro, en los pensadores con larga permanencia docente fuera de España: José Ferrater Mora, José Gaos, Manuel Granell, María Zambrano, J. D. García Bacca... Todos ellos, sin embargo, permanecen en un equilibrio ponderable y realista. Extremo fue el krausismo, sin influencia vigente en la actualidad, un pensamiento brillantemente efímero. No escasean quienes construyen su filosofía con propósitos o recaudos ortodoxos, actitud por cierto muy respetable; pero los más, especialmente quienes viven en el extranjero o mantienen largas relaciones foráneas, se otorgan un filosofar irrestricto. Sin embargo, en todos está presente un pensamiento medido, reactivo a lucubraciones lindantes con la irrealidad, a pesar de que es bastante común atribuir a los españoles un temperamento impetuoso y apasionado.

Con excepción de un escolasticismo amplio y abierto a los problemas contemporáneos, tendencia tradicional remozada en el siglo XVI por Francisco

Suárez, el español no es muy adicto a seguir las sendas trazadas por sus contemporáneos. Todos leen y admiran a Unamuno, pero no ha formado escuela, aunque sería difícil imaginar en qué principios y métodos la basaría; sí, una excepción, Ortega Gasset, muy citado y holgadamente seguido por pensadores como Julián Marías, Manuel Granell y María Zambrano. El espacio otorgado a cada uno de los pensadores no siempre es proporcional, a nuestro parecer, a sus méritos intelectuales y prestigio. Pocos, por suerte, de escaso renombre y originalidad gozan de una extensión desproporcionada. Comprendemos y las merece, las muchas páginas, dedicadas a Zubiri; pero a un lector residente en América, por ejemplo, le extrañará la sumaria exposición consagrada a José Gaos.

Lo último no es sino pequeño lunar en un volumen bien logrado y que el

autor reconoce modestamente ser perfectible en varios aspectos. Para completar la información, en la sexta parte menciona diversos escritores que, con cierta regularidad, escriben sobre filosofía. Se puede permitir una holgura que no sería justificable en una selección estricta: muchos son más bien conocidos como literatos, historiadores o con vocaciones que sólo tangencialmente rozan la filosofía. Finaliza con una lista de las facultades, sociedades e institutos consagrados a esta disciplina, colecciones y revistas y una bibliografía sobre la filosofía española actual y la referente a aquellos compatriotas que residen en el extranjero.

En suma: un libro bien organizado, cuya lectura reportará un positivo beneficio para todos aquellos que tienen vivo interés en las cosas del quehacer filosófico.

Luis Farré

JULIO CALONGE: *Transcripción del ruso al español*. Editorial Gredos, Madrid, 1969. Volumen en rústica, 55 págs.

El problema de la transcripción del ruso al español exige una solución ante las más extrañas y divergentes grafías que aparecen en la prensa y las publicaciones de nuestra lengua, y la consiguiente incertidumbre que se apodera de la persona culta que quiere escribir un nombre ruso. En la tarea emprendida para llenar este vacío, el autor ha partido del presupuesto básico de que es necesario establecer una relación de sistema a sistema. Ante la falta de una correspondencia biunívoca entre signos y fonemas, la base de la transcripción debe ser el sistema de signos y no los signos aislados. No se trata de reproducir sino de transcribir, y para ello es necesario analizar la es-

tructura fonológica de la lengua y "trasvasar la relación existente entre el sistema del ruso y su representación a la relación existente entre una y otra en español" (p. 33). Una transcripción adecuada ha de tener en cuenta, pues, tanto la distribución en el sistema fonológico —lo sincrónicamente importante desde el punto de vista del ruso actual— como la representación gráfica —el producto de la historia de la lengua rusa—.

El trabajo ofrece una transcripción de los 33 signos del alfabeto cirílico en un análisis detallado según cuatro grupos: las vocales, las semiconsonantes, las consonantes que pueden articularse como palatalizadas y no palatali-

zadas, y las consonantes que no poseen esta particularidad. Una comparación con los dos sistemas comunes de transcripción —el de la International Standard Organization (I.S.O.) y el conjunto de la American Standards Association (A.S.A.) y la British Standards Institution (B.S.I.)— revela una coincidencia casi total con el segundo. El autor insiste en que esta coincidencia con las normas más generalizadas en Occidente no hace infructuosa la tarea, sino que refuerza el valor de la transcripción propuesta para nuestra lengua por medio de un estudio independiente fundado exclusivamente en las relaciones existentes entre sonidos y signos en ruso y español. La diferencia reside —fuera de algunos detalles mínimos— en el rechazo de la transcripción de la consonante *x* por *kh*. En una crítica al

sistema de BSI/ASA, Calonge señala que si se ha introducido *zh* en virtud de una analogía con *sh* y *ch* —dígrafos en que *-h* tiene un valor palatal—, la introducción de *kh* —dígrafo en que *-h* solo tiene un valor reductor con respecto a *k-*— tiene que resultar arbitraria en el mismo sistema.

Si bien considera que más de un noventa y cinco por ciento de sus propuestas no han de ser objetadas, el autor señala la necesidad de aportaciones nuevas y correcciones a sus posibles imprecisiones. El trabajo se completa con dos apéndices relativos a la transcripción de textos y bibliografías y a los nombres propios rusos en contextos de lengua española.

Roberto J. Walton.

JOSÉ A. ORÍA: *Temas de actualidad durable*. Editado por la Academia Argentina de Letras. (Serie Estudios Académicos, Volumen VII), Buenos Aires, 1970. Volumen en rústica, 375 págs.

El 10 de junio de 1970 falleció en Buenos Aires, ciudad que lo vio nacer en 1896, el profesor José Antonio Oría. Realizó sus estudios en el Instituto Nacional del Profesorado y se graduó como profesor de historia y francés. Ejerció la docencia desde 1920 hasta 1946 y desde noviembre de 1955 hasta 1962, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, enseñando historia universal, historia de la civilización moderna y literatura francesa. Se desempeñó asimismo como miembro del Consejo Académico de dicha Facultad. Fue también decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde dictó, a partir de 1938, la cátedra

de literatura francesa. Además, fue nombrado vicerrector en ejercicio del rectorado de la Universidad de Buenos Aires —con el beneplácito del estudiante— hasta que fue elegido titular por la asamblea universitaria.

En 1958, la Real Academia de la Lengua, de Madrid, lo designó miembro correspondiente. Por último cabe destacar que, ese mismo año, se lo nombró presidente de la Academia Argentina de Letras, institución a la que había sido incorporado, como miembro de número, el 10 de noviembre de 1938.

En tal sentido, como digno homenaje a quien fuera su presidente, la Academia Argentina de Letras, editó el libro que comentamos: *Temas de ac-*

*tualidad durable*, en el que se ha reunido una serie de artículos con temas de indudable interés y actualidad, no sólo para los estudiosos de las letras y de la historia sino también para aquellos lectores profanos que quieran adentrarse en el pensamiento del profesor Oría. Dichos artículos están escritos en un estilo ágil, casi nos permitiríamos afirmar en un estilo periodístico, pero en todos ellos se nota la labor del investigador especializado en temas filológicos.

La obra, de aparición póstuma, contiene diecinueve trabajos, algunos publicados ya en vida del autor. De entre ellos destacamos el que inicia el volumen: "Librerías porteñas", en el cual el profesor Oría, a raíz de la desaparición de dos viejas librerías —la de Jesús Menéndez y la de Augusto Carlos Espiasse— destaca la obra que desempeñaron los libreros y su comercio dentro de la actividad cultural del país. En el artículo siguiente, "Clío versus Cloacina", nos encontramos con el especialista hábil dentro del campo de la historia.

En el estudio "El periodismo en la revolución francesa" aborda evocativamente "lo que fue e hizo el periodismo durante la revolución de 1789". Comienza historiando "el periodismo pre-revolucionario", para seguir con "Los gacetilleros", "La libertad de prensa", "El periodismo revolucionario", "Algunas figuras de periodistas revolucionarios", "Camilo Desmoulins", "Marat" —de quien afirma que "no ha conquistado todavía un lugar en las historias literarias" y que, además, "fue una mezcla de charlatán y de hombre de ciencia"—, "Hébert". "El periodismo realista", para concluir con "Desaparición de la libertad de prensa".

Los dos renglones del *Quijote* (parte 2ª, capítulo 36) "suprimidos en todas

las ediciones hechas en España durante los siglos XVII y XVIII y de no pocas del siglo XIX", inspiran al profesor Oría los comentarios que dan origen al artículo "Toman debida venganza los romances de caballería", publicado en 1958 en el Boletín de la Academia Argentina de Letras.

En "Murieron con igual fecha, no en el mismo día", el autor trata de rectificar un error muy difundido sobre que Shakespeare y Cervantes murieron en el mismo día, 23 de abril de 1616". A través de una serie de datos interesantes llegamos a leer y a encontrar la rectificación propuesta al comienzo: "Murieron con igual fecha, no en el mismo día". "Ambos, es cierto, parecen haber fallecido el 23 de abril de 1616, pero Cervantes por el calendario gregoriano que regía ya entonces en España...".

En "Jacinto Benavente y la Argentina", dado a conocer también en el Boletín de la Academia Argentina de Letras, en 1966, comenta las tres visitas realizadas por el autor de *La malquerida* a nuestro país, en 1906, 1922 y 1945, observando que las mismas "ocurrieron en circunstancias de singular importancia en la vida y para la carrera del escritor".

Señala la ausencia de una tesis universitaria sobre "Stendhal y España", en el artículo del mismo nombre, y agrega también "no hallar nombre alguno ibérico en la nómina de quienes han señalado siquiera la imitación singular ejercida sobre el espíritu de Stendhal por las cosas de España".

El profesor Oría fue un notable conocedor del teatro francés. Sobre el particular se incluyen en este volumen dos estudios: "Molière y sus *mujeres sabias*" y "El teatro de Lenormand antes y después de la influencia de Freud". Confe-

## Revista de libros

rencia ésta pronunciada en la Sociedad de Psicología de Buenos Aires.

No podían faltar en esta recopilación los artículos dedicados a la literatura argentina. Al respecto el libro contiene: "Sarmiento costumbrista" y "Alberdi *Figarillo*". (Contribución al estudio de la influencia de Larra en el Río de la Plata)". En este estudio —el más extenso del volumen— el autor arriba a las siguientes conclusiones: "1ª Que al omitir a Larra en la nómina de autores más influyentes sobre su formación intelectual excluyó Alberdi, precisamente al de gravitación espiritual predominante; 2ª Que los estudios sobre Alberdi "*Figarillo*", realiza-

dos hasta la fecha, se basaban en una documentación incompleta y desvirtuada, que no permitía juzgar con exactitud ni equidad lo que fueron las primeras armas periodísticas del autor de las *Bases*".

La importancia de los estudios reunidos en este ejemplar coronan la labor de un eximio estudioso en el campo de la historia y de la literatura universal que es, al mismo tiempo, homenaje y recuerdo al profesor que durante tantos años brindó desde su cátedra en nuestra Facultad de Humanidades conocimientos tan valiosos.

*Carlos Adam*